

# ¿A dónde?, ¿a dónde?

Horatius Bonar (1808-1889)

**A** principios del siglo pasado murió un cristiano estadounidense anciano que dejó en su lecho de muerte este mensaje a su hijo: «Recuerda que hay UNA LARGA ETERNIDAD». Pero esto no fue todo. Dejó a su familia un último mandato: que el mismo mensaje se transmitiera a la siguiente generación, y de esta a la siguiente, mientras quedara algún miembro de su posteridad. El mandato fue obedecido. Una generación tras otra recibió el solemne mensaje: «Recuerda que hay una larga eternidad». Y se nos dice que las palabras dieron fruto en la conversión de hijos, nietos y bisnietos.

Es acerca de esta larga eternidad que Dios nos habla tan a menudo en Su Libro con las palabras «eterno», «sin fin», «por los siglos de los siglos». Es acerca de esta larga eternidad que nos habla cada lecho de muerte, cada mortaja, cada ataúd, cada sepulcro. Es acerca de esta larga eternidad que nos habla cada año que termina y cada año nuevo, señalando los años interminables que están más allá de los breves días del tiempo, breves días que nos apresuran sin descanso a la vida o a la muerte que ha de ser el resultado de todas las cosas en la tierra. De esa eternidad podemos decir que sus años serán tantos como las hojas del bosque, o como los granos de arena a la orilla del mar, o como las gotas del océano, o como las estrellas del cielo, o como las briznas de la hierba, o como los destellos del rocío, todo esto multiplicado. Y quién puede contar estos números, o concebir la prodigiosa suma: millones y millones de años.

Un viajero cuenta que hace algunos años en la habitación de un hotel donde se alojó había colgada una gran hoja impresa con estas solemnes palabras: «Conoce estas cosas, oh hombre: Un DIOS, un momento, una eternidad».

Seguramente sería sabio que pensáramos en palabras como estas, tan breves, pero tan llenas de significado.

Richard Baxter menciona el caso de un ministro de su época, cuyo tono de predicación se vio afectado por las palabras que escuchó al visitar a una mujer

moribunda, que «a menudo y con vehemencia» —dice— «gritó» en su lecho de muerte: «¡Oh, haz retroceder el tiempo, hazlo retroceder!». Pero querer que el tiempo retroceda es tan imposible como procurar acortar la eternidad. «Esta pulgada de tiempo apresurado», como lo llama ese noble predicador, no puede alargarse; y si no se usa bien o se redime, se pierde para siempre. Mientras Dios vive, el alma debe vivir; porque «en Él vivimos, y nos movemos, y tenemos nuestro ser».

Nuestro futuro en mente no es un sueño ni una fábula. Será tan real como lo ha sido nuestro pasado, o incluso más. La incredulidad puede tratar de persuadirnos de que es una sombra o una fantasía, pero no lo es. Es infinita e indeciblemente real; y las épocas que nos preceden, a medida que van y vienen, traerán consigo realidades en comparación con las cuales todas las realidades pasadas serán nada. Todas las cosas que nos conciernen se vuelven cada día más reales, y este aumento de la realidad continuará a lo largo de los siglos venideros.

¿A dónde?, ¿a dónde? Esta no es una pregunta ociosa, es una interrogante a la que cada hijo de hombre debería buscar una respuesta inmediata. El hombre fue hecho para que contemplara el futuro a largo plazo; y esta pregunta es una que debería saber cómo plantear y cómo responder. Si no lo hace, tiene que haber algo tristemente equivocado en él. Porque Dios no le ha negado los medios para responder correctamente.

¿A dónde?, ¿a dónde?, hijo de la mortalidad, ¿no lo sabes?, ¿no te interesa saberlo?, ¿no te interesa descubrir cuál ha de ser tu existencia y dónde has de pasar la eternidad? Tu todo está envuelto en ello, ¿y no te importa?

¿A dónde?, ¿a dónde?, ¿odias la pregunta?, ¿interrumpe tu descanso y estropea tus placeres?, ¿inquieta tu conciencia y ensombrece tu vida? Sin embargo, ya sea que la odies o que la ames, un día tendrás que enfrentarla cara a cara. Un día te harás esta pregunta y tendrás que responderla. Tal vez, cuando te la estés planteando y estés tratando de responderla, el Juez puede venir, y la última trompeta puede sonar. «Mientras [...] iban a comprar, vino el novio» (Mat. 25:10).

¿A dónde?, ¿a dónde? Pregúntale a la hoja que cae. Esta te responde: —No sé. Pregúntale al viento inquieto. Te responde: —No lo sé. Pregúntale a la espuma sobre la ola. Te dice: —No lo sé. Pero el hombre no es nada de eso. Está obligado a considerar sus perspectivas, y averiguar hacia dónde va. No es una hoja, ni una

nube, ni una brisa, que no saben de dónde vienen ni a dónde van. Sabe que hay un futuro de algún tipo ante él, y que en ese futuro debe entrar pronto. ¿Qué será de él? Esa es la pregunta.

¿A dónde?, ¿a dónde? Ve al puerto, donde hay una docena de barcos que se preparan para partir. Acércate al capitán y pregúntale: ¿A dónde vamos? ¿Responderá: «No sé»? Ve a la estación de ferrocarril y pregunta al conductor del tren que acaba de partir: ¿A dónde va? ¿Responderá: «No lo sé»? No; estos hombres tienen más sabiduría que ir a donde no saben, o emprender un viaje sin preocuparse de su fin. ¿Serán capaces los hijos del tiempo de responder a tales preguntas en cuanto a su ruta y destino, y un hijo de la eternidad seguirá en la oscuridad, sin prestar atención a la sombra en la que está pasando, y descansando su inmortalidad en una mera casualidad?

Pero, ¿puedo recibir una respuesta a esta pregunta aquí? ¿Puedo asegurar mi eternidad mientras estoy aquí en la tierra?, y ¿puedo saber que la he asegurado de tal manera que podré decir: «Estoy en camino hacia el Reino, sea esta vida presente larga o corta, la vida eterna es mía»?

El evangelio que Dios nos ha dado es el que nos permite responder a la pregunta: «¿A dónde?, ¿a dónde?», porque nos muestra el camino al Reino, un camino no lejano, sino cercano; un camino no inaccesible, sino muy accesible; un camino no costoso, sino gratuito; un camino no para los buenos, sino para los malos; un camino no oculto, sino claro y evidente. «El que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará» (Isa. 35:8). Aquel a quien el Padre ha enviado para que sea «el Salvador del mundo» dice: «Yo soy el camino».

El conocimiento de ese camino lo es todo para nosotros, porque el que lo conoce, sabe a dónde va; y el que no lo conoce, no sabe a dónde va. La respuesta correcta y segura a la pregunta «¿A dónde?» depende enteramente de nuestro verdadero conocimiento del camino, pues el mundo está en tinieblas, y no puede decirnos nada del camino; ni puede en lo más mínimo capacitarnos para responder a la terrible pregunta: «¿A dónde voy con todos estos pecados míos, y con un día de Juicio en perspectiva, y con la certeza de que debo dar cuenta de las obras hechas mientras estaba en el cuerpo?»

Por lo tanto, para obtener la respuesta a esta pregunta, debemos llegar de inmediato a las «buenas nuevas», las buenas noticias que Dios nos ha enviado acerca de Aquel que «murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó». Creer en estas buenas nuevas es lo que nos conecta con Él; y al hacerlo, nos permite responder a la pregunta: «¿A dónde voy?». Porque si estamos unidos a Él, entonces ciertamente vamos a donde Él fue antes que nosotros. Al creer en el evangelio tomamos posesión de esa vida eterna que Él ha asegurado para los pecadores por Su muerte en la cruz como propiciación por el pecado.

Conocimos a alguien que, lleno de temor por el futuro desconocido, buscó durante años una respuesta a la pregunta sobre sus propias expectativas eternas. Se esforzó, oró y luchó, esperando que Dios se apiadara de sus esfuerzos y le diera lo que buscaba. Al final de muchos largos y agotadores años, llegó a ver que lo que había estado esforzándose por hacer para ganar el favor de Dios, otro ya lo había hecho, y lo había hecho mucho mejor de lo que él podría hacerlo alguna vez. Vio que aquello por lo que se había estado esforzando durante años para persuadir a Dios de que se lo diera, podría haberlo conseguido, desde el principio, sencillamente creyendo en las buenas nuevas de que no había necesidad de toda esta larga espera, trabajo y oración; y que ahora, por fin, al recibir el testimonio divino de la Persona y la obra del Unigénito del Padre, podía contar con certeza con el favor de Dios para sí mismo, como alguien que había creído en el testimonio que Dios había dado de Su Hijo (1 Jua. 5:10-12). Creyendo así, «entró en el reposo», el reposo presente del alma que es el resultado de un evangelio que se ha creído, y la garantía del reposo futuro que queda para el pueblo de Dios.

Decirle a cualquier pecador que debe responder a esa pregunta trascendental, «¿A dónde?», y no hablarle de la provisión divina hecha para que la responda, sería solo burlarse de él. Pero pedirle una respuesta, dándole a conocer la gracia de Cristo y el camino abierto a Dios, es alegrar su alma, mostrándole cómo puede encontrar de inmediato los medios para responder, sin obrar, sin esperar, y sin capacitarse para obtener el favor de Dios.

Para el espíritu atribulado, presentamos el perdón gratuito e inmediato que el evangelio pone en nuestras manos, un perdón que ninguna oración o esfuerzo

nuestro puede hacer más gratuito o más cercano; un perdón que fluye directamente de la propiciación consumada de la cruz; un perdón para el impío y el indigno; un perdón que, al mismo tiempo que glorifica a Aquel que perdona, trae libertad y liberación inmediatas al que es perdonado.

«Por tanto, hermanos, sabed que por medio de Él os es anunciado el perdón de los pecados; por medio de Él, todo aquel que cree es justificado» (Hch. 3:38, 39). Si somos justificados, entonces conocemos nuestro futuro así como nuestro presente; porque «a los que justificó, a esos también glorificó» (Rom. 8:30).

«Todo está oscuro», dijo un joven moribundo que había jugado con la gran pregunta durante toda su vida. «Tengo mucho miedo», expresó otro en circunstancias similares. «He provisto para todo menos para la muerte», confesó un viejo general cuando estaba falleciendo. «No hay piedad para mí», fue el grito en el lecho de muerte de alguien que prometía en sus primeros años de vida, pero se había echado totalmente atrás. «Me estoy muriendo» —dijo otro— «y no sé a dónde voy». Tales muertes son realmente dolorosas.

La oscuridad los cubre. Ningún rayo de esperanza ilumina la penumbra. Pero el que ha aceptado esta gran salvación se eleva por encima de estos temores e incertidumbres. La luz de la cruz brilla sobre él, y mira el vasto futuro sin alarmarse. —Sé a quién he creído, —dice— y conociéndolo, sé a dónde voy. Voy a pasar una eternidad con Aquel a quien amo sin haberlo visto. Voy a la ciudad que tiene cimientos; y aunque los gusanos destruyan este cuerpo, aun en mi carne veré a Dios. La pregunta «¿A dónde?» no le causa ningún temor. Sabe que todo está bien. La eternidad es para él una palabra de gozo. Ha creído; y está seguro de que su fe no será avergonzada. La sencilla palabra del Hijo de Dios: «El que cree no es condenado», le basta para descansar en la vida y en la muerte.✠

*Reproducido por permiso de  
Publicaciones Gracia Sobre Gracia.*

[www.ChapelLibrary.org](http://www.ChapelLibrary.org)